

Desafíos para la escuela

Para resumir las más de 130 páginas que componen esta investigación, podríamos decir que este estudio pluridisciplinar presenta a la Comunidad Educativa los siguientes hechos, que requieren una decidida respuesta:

- La homofobia es una realidad en nuestro sistema educativo. El miedo de los adolescentes LGTB a aceptarse y/o hacerse visibles está más que justificado.
- Existe un alto grado de desconocimiento de la realidad LGTB entre alumnos, pero también entre educadores.
- Así mismo, también se aprecia un profundo desconocimiento de temas básicos de sexualidad, como es la diferencia entre sexo/género/orientación sexual/prácticas sexuales.
- La invisibilidad de la sexualidad en general, pero de las sexualidades minoritarias en particular, es casi absoluta, permitiéndose que los alumnos desarrollen prejuicios e ideas equivocadas.

- Se observa una preocupante pasividad de los profesores y orientadores no sólo ante la sexualidad, sino ante los casos de acoso por motivo de orientación sexual o identidad.

Llamada al optimismo

No obstante, el informe acaba con una llamada al optimismo: está más que demostrado que el conocimiento directo de personas LGTB reduce considerablemente los niveles de homofobia. Junto a esta constatación, el informe concluye con un capítulo dedicado a recomendaciones para luchar contra esta lacra social desde la educación. El problema ya está expuesto para el que quiera escuchar.

Ahora sólo falta una actitud responsable y comprometida por parte de los educadores y, sobre todo, de las autoridades educativas.

ENSAYAR EL HABLA

Elena Sánchez C.

Muchos de los problemas serios que tenemos los seres humanos, sobre todo con aquellas personas que están más cerca unas de otras, se producen por culpa del lenguaje. Mejor dicho, por el mal uso del mismo.

Nos ocurre que no sabemos expresar con palabras adecuadas, concretas y precisas todo lo que sentimos, pensamos y queremos. Pero cuando, en el mejor de los casos, conseguimos hacerlo, la persona que nos escucha puede que no comprenda exactamente el sentido de cuanto queríamos expresar. Llevo ya muchos años trabajando en una escuela y veo que esto genera muchos problemas, no sólo entre los muchachos, sino también entre los adultos.

Y todo se agrava aún más cuando vamos a transmitir a una tercera persona lo que alguien nos ha dicho a nosotros, porque a las palabras le añadimos una interpretación subjetiva aún mayor. Si esto lo trasladamos al mundo de nuestros alumnos, que no se caracterizan precisamente por el buen uso del lenguaje (salvo honrosas excepciones), ¿qué problemas no tendrán ellos?

No pueden, o no saben cómo decirle al otro que algo les ha molestado o herido o perturbado o, incluso, preocupado. Y suplen el mal uso del lenguaje con arreglarlo todo a “tortas”. Incluso cuando dan razones de su agresividad es frecuente oírles decir: “es que me miró mal” o “iba mal vestido”. Es decir, ya no median las palabras para agredir al otro.

Todo lo dicho hasta ahora me hace cuestionarme el papel que los educadores tenemos en la escuela, como motivadores para que los alumnos aprendan a usar el lenguaje correctamente. Pero...

- ¿Cuántos momentos dedicamos a que se expresen en voz alta?
- ¿Qué número de veces les permitimos expresar sentimientos de viva voz?
- ¿En qué cantidad de debates participan a lo largo de su vida escolar?
- ¿Cuántas veces les damos la palabra para que opinen sobre lo que ha ocurrido en un conflicto del propio centro o externo al mismo?